



Lliçó magistral

Un breve texto de elogio a nuestro querido y admirado don Joan

Dr. William Radice. Profesor de Bengali SOAS, Universidad de Londres.

Diez años después de su muerte, celebramos hoy con gran honor (el centenario) del FILL IL·LUSTRE de Santa Margarita y, también, ciudadano del mundo. Los restos mortales de nuestro querido don Joan fueron enterrados en el cementerio de *la vila*: no obstante, su espíritu permanece vivo no sólo en su casa de Comberton, cerca de Cambridge, su lugar de residencia durante treinta y seis años, sino también en la India, cuya gran literatura espiritual él estimó tanto, y en cualquier parte del mundo en donde se leen sus traducciones y escritos. Yo, mucho más joven que don Joan, nací en 1951, el año de su matrimonio: pese a la diferencia de edad, se convirtió en uno de mis amigos más íntimos e incluso, tras su fallecimiento, nuestra amistad se ha acrecentado mediante mi intenso trabajo sobre su obra (póstuma) *La Creació de la Fe*. Como muchos de ustedes saben, él no pudo acabar su libro. Con la ayuda de su mujer, Kathleen, ordené sus pensamientos y reflexiones que sintetizan su filosofía religiosa y poética en un libro en el que, espero, se exprese su ideario. El libro fue publicado en 1993 en Mallorca y en 1995 en la India. Confío en que seguirán nuevas ediciones en muchos otros países y lenguas.

En el mundo actual, unido mediante modernas comunicaciones pero al mismo tiempo tristemente fragmentado a menudo en otros aspectos, raramente encontramos al unísono a un erudito y un poeta. Don Joan fue fundamentalmente un poeta cuyas raíces residen en el hermoso paisaje y costas de Mallorca y en su lengua materna, la catalana. Al aprender muchas otras lenguas –castellano, francés, italiano, alemán, inglés, latín, griego, sánscrito y pali- él se convirtió en un gran lector, en un especialista. En su correspondencia, en sus escritos y conversaciones conmigo y con otras muchas personas, siempre subrayaba la importancia que era aprender a leer. ¿Cómo podemos aprovecharnos de todos los deseos acumulados en el mundo si no podemos leer con comprensión, simpatía y atención, las grandes palabras literarias en las que se expresa el deseo? Una vez le pregunté por qué no había escrito poesía propia. Me respondió diciendo que en ciertas fases del desarrollo mundial es más importante leer que escribir. Sus tres grandes traducciones –los *Upanishads* y el *Baghavad Gita*, del sánscrito, y el *Dhammapada*, del pali- fueron, en realidad, actos de profunda y muy sensible lectura que permitieron a muchas otras personas, sin conocimientos del sánscrito ni del pali leer aquellos textos de manera tan intensa como él lo había hecho.

Es un gran privilegio para mí, así como una inmensa fortuna para todos los anglo- parlantes del mundo entero, que las traducciones de don Joan fueran realizadas en nuestra lengua, y no en catalán ni en castellano. Qué éxito más extraordinario tuvieron, algo sin ningún tipo de precedente en la historia de la traducción literaria. Él tradujo de lenguas que originariamente no eran la suya propia a otra lengua que tampoco era su lengua materna. Y dado que tuvo que estudiar el inglés de manera tan cuidadosa para lograr dominar sus ritmos y vocabularios mucho mejor que la mayoría de los parlantes nativos. El inglés en que don Joan escribió no era la lengua superficial y descuidada del cine moderno y la televisión: su lenguaje fue el de los más grandes maestros, Shakespeare por encima de todos, así como el de los traductores de la Biblia inglesa de 1611. De sus traducciones se destilaba una lengua tan pura y tan clara, propia de una verdadera calidad universal. Es más, su traducción fue, posteriormente, fácilmente traducible a otras lenguas, lo que explica que sus obras se hayan traducido con gran éxito al catalán y al castellano y que, seguramente, en un futuro serán traducidas igualmente a otras lenguas.

Don Joan se esforzó por conseguir un lenguaje universal ya que él mismo había luchado por una filosofía religiosa universal. Con frecuencia preguntaba: si la verdad de la ciencia es universalmente aceptada, ¿por qué no se puede aceptar una religión universal? Tal religión debiera basarse en la experiencia humana común; no debería entrar en conflicto con la razón ya que iría más allá de la razón; y debería reflejar la poesía y la belleza de nuestro vasto y milagroso universo. Personalmente, la máxima más importante en *La Creació de la Fe* se halla al comienzo de la sección 15: «La poesía de la religión es la verdad de la religión. Si la religión desaparece, la poesía permanece».

Tan solamente un erudito y pensador, y al mismo tiempo poeta podría haber proferido tales palabras. Y sólo un traductor y también poeta podría haberse hecho con el poder universal y la belleza sublime de las antiguas escrituras de la India.

Yo mismo soy un traductor de la lengua bengalí y me he dado a conocer por las traducciones de los poemas y relatos de Rabindranath Tagore. Tagore mismo sabía –mucho mejor que la mayoría de maestros del sánscrito de la India y de los profesores de sánscrito en Europa- que la visión de los sabios antiguos de la India era esencialmente poética. Y él reconoció la calidad poética de las traducciones de don Joan y le escribió una carta maravillosa hablándole de ello (carta reproducida en *La Creació de la Fe*), y se dice que en su mesa de noche, durante las últimas semanas de su vida, tenía una copia de su obra *Himalayas del Alma*, que es la primera de las ediciones que, en 1938, don Joan hiciera de los *Upanishads*.

Cuando murió don Joan, su amigo Gregori Mir, al final de su elocuente obituario, publicado en el rotativo ÚLTIMA HORA, incorporaba algunas líneas de Tagore que don Joan había ya incluido en su antología *Llanties de foc*. Estas líneas acaban con las palabras siguientes: «Y ya que amo la vida, sé que también amaré la muerte».

Quisiera recordar hoy al don Joan que amó la vida, al don Joan que amó el espíritu universal al que se unió cuando falleció. Hoy le honramos por sus logros literarios y académicos pero los que le conocimos lo recordamos también como hombre. Nos acordamos de su cálida sonrisa, de sus resplandecientes ojos azules, de su alegre disfrutar con las cosas buenas de la vida – buena comida, vino y, en ocasiones, puros- , de su amabilidad, de su caballerosidad y sensatez. Volviendo a leer hace unas semanas su Introducción al *Bahgavad Gita* me llamó la atención particularmente por su anotación sobre Pinar: «¡Cosas efímeras! ¿Qué somos y qué no somos? Un sueño sobre una sombra es un hombre y, aun así, cuando aparece algún esplendor bien producido, la gloria de las luces le cubre y su vida es dulce».

La vida de don Joan fue larga, pero en el contexto de nuestro gran universo pasó, tal como todas nuestras vidas hacen, como un guiño. Incluso pareció aportarnos lo que le puso en contacto con la eternidad y por eso hizo que nuestra mortal existencia pareciera espléndida, milagrosa, deliciosa. Y por eso, por encima de todo, ahora estamos aquí rindiéndole honor. Por sus traducciones, por sus escritos, por sus cartas, por sus conversaciones, por su personalidad don Joan añadió valor a nuestras vidas. Y es una humilde gratitud investirle hoy con el título de doctor honoris causa.

¡Muchas gracias! Moltes gràcies!